Viaje con turbulencias

Mercedes Abad

No siempre puede uno saber con diáfana claridad lo que desea. Pero ese día las cosas eran más sencillas de lo habitual. Mis aspiraciones existenciales habían quedado reducidas a una sola. Si me hubiera propuesto confeccionar una lista inspirada en los Cuarenta Principales con mis sueños, afanes y deseos, mi fracaso habría sido rotundo, pues los 39 restantes no aparecían por parte alguna, y la energía que de otro modo se habría repartido a escote entre 40 deseos se concentraba en un solo objeto. Al saberse en tan encumbrada posición, mi deseo, inicialmente sensato y modesto, se había convertido en el más absorbente, imperioso y despótico de los afanes.

Decidida a satisfacerlo cuanto antes, resolví suspender durante unas horas toda relación con la realidad objetiva. Me fui a la estación del ferrocarril y compré siete benditas horas de aislamiento y soledad en forma de billete de ida y vuelta a Zaragoza.

Tuve suerte; después de recorrer todo el convoy, encontré un compartimiento vacío en el último vagón. Me arrellané en la butaca más cercana a la ventanilla y, con una sonrisa de estúpida beatitud, saqué de mi bolso el objeto de mi deseo, una novela apasionante a la que por fin podría dedicarle la atención que merecía sin los impedimentos que una suerte cruel se había empecinado en poner en mi camino durante las dos semanas anteriores con una perfidia sin precedentes. Antes de zambullirme de lleno en la lectura, aspiré los penetrantes efluvios del papel y la tinta y calculé que en el curso de aquel paréntesis de libertad temerariamente arrancado a mis responsabilidades podría leer unas 200 páginas, tal vez más.

Estaba ya inmersa en el fascinante mundo que el autor había creado (para mí, para mí) cuando un tipo irrumpió en el compartimiento. Exhalé un grito y pegué un brinco en mi asiento. Avergonzada, pasé casi sin transición a la clase de risita ofuscada con que uno se ríe cuando acaba de hacer un ridículo espantoso. Pero el tipo ni siquiera esbozó una sonrisa. Rígido y tenso, farfulló una disculpa por haberme asustado y se sentó frente a mí.

Me dije que la irrupción de mi compañero de viaje era un contratiempo menor; dos pasajeros obstinados en charlar habrían supuesto una amenaza infinitamente mayor. Así que regresé a mi libro y retrocedí unas cuantas frases con ánimo de no perder el hilo de la historia. Apenas acababa de concentrarme cuando el tipo empezó a agitar un pie. De forma maquinal, mis ojos abandonaron la letra impresa, imantados por aquel pie y su espasmódico y exasperante movimiento. El hombre debió de percibir un destello de desaprobación en mi mirada porque el pie dejó bruscamente de moverse.

Tres o cuatro líneas después, mi vecino volvió a las andadas. Cruzó y descruzó varias veces las piernas desplazando mucho aire al hacerlo. Parecía estar incómodo no ya en su asiento, sino en el mundo. Luché con denuedo para amarrarme mentalmente a la novela, pero el sortilegio se había roto. La voluptuosa cadencia de las frases, que minutos antes me permitía saborear la textura y el sentido exactos de cada palabra, se había desdibujado para dejar paso a un magma informe y confuso cuyo sentido no alcanzaba a penetrar. Ni que decir tiene que seguí intentándolo. Pero empezaba a

comprender que el desasosiego de aquel hombre pertenecía a una especie altamente contagiosa; no sólo no dejaba ni un minuto de agitarse y de rebullir en su asiento, sino que de algún modo se las ingeniaba para provocar en mí una exagerada conciencia de todos sus movimientos, como si repercutieran en mi propio cuerpo segregando oleadas de malestar físico. Se rascaba, se atusaba el bigote, descruzaba y cruzaba las piernas, regresando así a su posición inicial; se frotaba las manos, suspiraba, agitaba ora un pie, ora el otro, tamborileaba en la butaca. A veces, combinaba dos o tres movimientos al mismo tiempo.

Cerré el libro con un golpe involuntariamente violento y nuestras miradas, más que encontrarse, chocaron. Percibí en sus ojos una expresión lastimera que hostigó mi creciente aversión por aquel desconocido. Ni siquiera sabía quién era y ya las circunstancias sembraban la discordia entre nosotros.

Contemplé la posibilidad de cambiar de compartimiento, pero recordé que todos iban llenos. Incluso acaricié la idea de bajar en la siguiente estación y coger cualquier otro tren; a fin de cuentas, me traía sin cuidado ir a Zaragoza, a Madrid o a Valencia. Pero de pronto me vi a mí misma saltando de tren en tren, obsesionada por encontrar el compartimiento vacío y tranquilo que un hado cruel y burlón se complacía en negarme y la imagen me pareció opresivamente absurda.

Volví la vista hacia el paisaje que desfilaba a toda velocidad. Era muy feo; apenas si se veía otra cosa que horrendas fábricas sepultadas bajo toneladas de mugre y envueltas en ominosas espirales de negra humareda; sin embargo, me pareció reconfortante. Estaba a punto de sonreír ante lo estúpido de aquella situación cuando, de pronto, el tipo se dirigió a mí.

Me juzga usted, ¿verdad?

Disparó su acusación con voz de insecto. De pronto, me veía sentada en el banquillo, juzgada por haber juzgado. Estaba tan anonadada que tardé en poder articular palabra.

¿Cómo dice?

Digo que me está usted juzgando.

Tenía voz de insecto, y también los ojos, redondos y saltones, recordaban los de una mosca. Y era tan bajito que los pies no le llegaban al suelo.

¿Que yo lo juzgo? ¿Por qué iba a juzgarlo?

Mis palabras se me revelaron en su absoluta estupidez no bien las hube pronunciado. Obedecían, es cierto, a una lógica aplastante. Pero encerraban también una flagrante impostura. Estaba desconcertada. Me daba cuenta, por otra parte, de que seguirle el juego a aquel hombrecillo era un disparate.

No me negará que le ataco los nervios, que mi simple presencia la incomoda y que no le resulto simpático.

Óigame. Ni niego ni afirmo. Sencillamente, no entiendo lo que pretende usted.

Sólo pretendo -fue su asombrosa respuesta- que sea usted sincera.

Aquélla era una de las situaciones más enrarecidamente absurdas en las que me había visto involucrada. Me dije que aquel tipo era un insecto que, al caer en una tela de araña, se las ingeniaba para apoderarse de la voluntad de su verdugo con el arma infalible del chantaje sentimental. Él era débil y yo fuerte; sin embargo, conseguía que me tambaleara en la cuerda floja.

¿Y si no quiero ser sincera? Nadie puede obligarme.

Pero me equivocaba al pensar que con esto zanjaría el asunto.

Tiene razón -contraatacó el tipo-; sólo una íntima noción de la decencia, que se tiene o no se tiene, puede impelirlo a uno a ser sincero. Y usted carece de la menor noción de decencia.

Muy bien: soy indecente, hipócrita, miserable; una auténtica piltrafa humana, lo que

usted quiera; le doy permiso para aplicarme cuantos improperios le vengan a la cabeza. El problema es que, a diferencia de lo que le pasa a usted, a mí me trae sin cuidado su opinión. Me importa un pito caerle bien o asquerosamente mal. Lo único que quiero es acabar con esta discusión absurda. ¿Me entiende?

Sin duda, me había excedido en mi deseo de zaherirlo. Empecé a sentirme culpable y, al mismo tiempo, me irritó sentirme culpable.

Claro —volvió a embestir, pero cambiando el tono dolido y acusador por otro tranquilo y frío, ominoso en su extraña calma—, el mundo gira en torno a usted. O, mejor dicho: está a sus pies, como un felpudo que aguardara con absoluta mansedumbre a que usted lo pisotee cuando le venga en gana. Quería usted leer, ahora me doy cuenta. Es usted una persona educada, culta y sensible que sólo pretendía leer una novelita. Y en ésas entro yo, un hombre que tiene la particularidad de estar muy agitado. La molesto. No se pregunta lo que puede pasarme. Ni siquiera se le ocurre pensar que tal vez tengo problemas. Sencillamente, la molesto. Soy una grosera pedorreta procedente de la vida real, algo que le impide a usted entregarse a un mundo de ficción infinitamente más elevado y sublime. Y, puesto que no soy más que una pedorreta, usted no vacila en mostrarme toda su hostilidad y en tratar de aplastarme con la mirada para hacerme sentir inferior e incorrecto. La felicito: ha conseguido su objetivo. Ha lastimado mi amor propio y ahora llevo conmigo una carga de dolor mayor que la que arrastraba hace un rato. Podría fastidiarla con un relato pormenorizado de mis desdichas, pero no se preocupe, se lo ahorraré. Puede usted volver a su libro.

El tipo se calló. Mientras hablaba, había hecho un esfuerzo sobrehumano por construirme una máscara de cínica displicencia. Pero mi deseo de aplastarlo era superior a mí.

Sus desdichas, caballero, me importan un rábano. Podría usted morirse aquí mismo sin que moviera un dedo para ayudarlo.

Sin otra cosa que añadir, nos miramos fija e intensamente durante largo rato. Hacía apenas media hora éramos dos perfectos desconocidos cuyas trayectorias vitales no se habían cruzado. Pero ahora nos odiábamos como sólo pueden odiarse dos seres humanos.

El último libro publicado de Mercedes Abad es Soplando al viento (Tusquets).